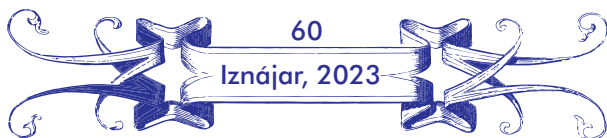




# TECTÓNICA DE CUERPOS

*Ignacio Samper Sánchez*







# **TECTÓNICA DE CUERPOS**

IGNACIO SAMPER SÁNCHEZ

60

—

2023

3

## *Tectónica de cuerpos*

*Imprime:                   Publicidad El Castillo  
C/ 9 de junio de 1910, 2  
14970 IZNÁJAR (Córdoba)  
Telf. y Fax: 957 53 47 19  
imprentaelcastillo@gmail.com  
www.publicidadelcastillo.com*

*Depósito legal: CO-719/2023*

**Miembros del Jurado**  
**Segundo Premio de Relato Corto 2023**  
**Categoría Absoluta**  
**Ayuntamiento de Iznájar**  
**Publicidad El Castillo**

*José María Molina Caballero*  
*María José Núñez Villalba*  
*Virginia Jiménez Pareja*  
*Francisco Martos Muñoz*  
*Belén Ortiz Núñez*



Todos alababan que hubiera salido de mi carne, que yo, a través de mi anatomía —una prodigiosa máquina de perpetuación—, hubiese creado vida de la nada, dado forma sin errores ni ensayos a un nuevo ejemplar humano. Y yo no me cansaba de repetir: no ha salido de mi cuerpo, una parte de mi cuerpo ha salido de sí mismo.

Intentaba no arrogarme demasiado mérito; al fin y al cabo, no había hecho nada conscientemente salvo dejar que varios millones de espermatozoides anónimos me invadieran y uno de ellos se abriera paso por las membranas acogedoras de mi óvulo. La gestación había requerido el



mismo grado de intervención o consciencia que digerir un plato de arroz o mantener el corazón sometido a su recital de sístoles y diástoles. O sea, ninguno. Pero estoy mintiendo un poco, en realidad. Sabía que por mucho que me esforzase, por mucho que derivara recursos mentales y neuronales a tomar la palabra en el proceso que acontecía en mi entraña, mi cuerpo operaría por sí solo y no atendería súplicas de ningún tipo. Aun así, me empeñaba en inmiscuirme. Dolía, sin haber reparado nunca en ello, que lo único que una mujer y sólo una mujer podía hacer acabase siendo, en el fondo, un ejercicio involuntario, un prodigio automatizado. Me sentía una mera usufructuaria de ese privilegio ancestral, algo que minó mi autoestima hasta el punto de sentirme un ejemplar devaluado. Pero la consistencia del logro me enfocó hacia la verdad: ni el descontrol creativo desgastaba mi feminidad ni ser madre afectaba el calibre de mi condición.

Cuando supe que estaba embarazada, invoqué a mi cerebro para transmitir una orden a las partes implicadas: haced un niño. Porque deseaba un varoncito, sí. Inconscientemente, quería brindarle una vida más fácil, quitar de su camino todos los obstáculos que yo había tenido que sortear, librarme a mí misma de todas las preocupaciones maternas que aflorarían en cuanto conquistase su independencia. Me seducía, además, el gran reto: criar y educar a un futuro hombre noble, un digno embajador de la verdadera masculinidad. Si todas las madres hacemos lo mismo, fantaseaba, la siguiente generación perderá este miedo a traer niñas al mundo. Mi misión era contribuir a cercenar esa dinastía de la violencia, a sellar el infame abismo de desigualdad en el que todas nos habíamos precipitado.

Meses después, descubrí que mi arquitecta inconsciente no me había hecho caso, que en efecto no tenía ningún poder

de decisión. Aquello estaba regido por la tiranía de los genes, el albur de la multiplicación celular, el panorama del sexo causativo, incluso. No podía elegir el color de sus ojos, la consistencia de sus dedos, la arborescencia de sus pulmones ni la hechura de su mandíbula. Era como darle órdenes a un escultor ciego y sordo que, pese a todo, crearía una obra de perfección incuestionable. Esta pasividad innegociable, esta autoría vicaria, provocaron que tardara meses en crearme fundadora de su matría. Nada cambió, en realidad, cuando supe que lo que arraigaba en mi claustro materno era una niña, una futura mujer. El capricho se diluyó lentamente en la magia de la creación.

Con todo, me concentraba en hacerlo lo mejor posible. Que estuviera completa, eso era lo más importante, y que estuviera bien. Había comprado un libro ilustrado en el que se relataba, semana a semana y con un grado de detalle casi es-

catológico, qué se estaba formando en cada momento. Si tocaba el corazón, yo visualizaba ese pequeño y frágil artefacto que debía mantenerse en movimiento durante casi un siglo, no pararse hasta mucho tiempo después de que yo, su creadora, hubiese recibido tierra, y me esforzaba a mi manera por construirlo perfecto.

Asumir que el propio cuerpo es un ente autónomo produce desvelos. Lo único que me exigía era una adecuada y constante provisión de nutrientes, además de no molestar demasiado, que bastante difícil era aquello como para aguantar entrometimientos. Iba a hacer lo que pudiera, parecía decirme. Los estragos eran mi problema, es lo que había. El cansancio, los retortijones, las náuseas, la ira, todos pequeños peajes hacia el milagro. Sin excepción se atenuaron, incluso diluyeron, cuando empecé a notarte en las profundidades de aquella forja de carne. Tu presencia, abstracta hasta entonces, acababa de

irrumper en el territorio de lo certero. De pronto respondías a lo que comía, a los movimientos que ejecutaba, a la postura que adoptaba, como si hubieras adquirido una potestad, una opinión sobre mis actos, y exigieras voz y voto. Los antojos eran la manifestación de tus veleidades. Nuestra conexión era de pronto mucho más física y tangible: con esa agitación reclamabas ya una porción de mundo que yo debía garantizarte y entregarte en cuanto salieras a él. Estaba centrifugando un alma, y eso venía con un precio.

Ni imaginas la fascinación que me provocaba verte crecer desde fuera, al ritmo que mi tripa se hinchaba y dilataba. Nunca le dediqué ese pasmo a la frialdad de las ecografías, que me parecían tan ajenas como la instantánea de una galaxia extinta. Esa silueta en blanco y negro que te representaba, un inquieto maniquí cartilaginoso, podía ser la hija de cualquiera, un arquetipo humano delineado hace mile-

nios. Nunca somos más iguales que a través del ojo simplificador de ese aparato, pensé. Quizá por eso me costaba tanto imaginarte ahí dentro, pegada literalmente a mí al tiempo que nos separaban nada menos que siete capas, meciéndote en un caldo prodigioso, única nadadora en ese mar que te había dedicado con tan solo beber agua. Cómo no creerme una diosa después de haber creado, además de una vida, un océano y un continente.

Presumía de ser tu artesana, de ese insólito rol de anfitriona provisional. Qué fantasía la de transportar todos los órganos por duplicado en cuanto supe que te había completado y ya sólo necesitabas crecer, madurar, expandirte. Eras un proyecto materializado, una sinfonía genética, una siderurgia de afecto. Como la propia gestación, tu esencia era un compendio de las cuatro estaciones. Deseaba, al borde de la plegaria, que te parecieras a mí, que toda la artillería cromosómica proviniese de mis de-

pósitos. En esos pulsos que practicabas desde mi anverso, como un tambor invertido, quería descifrar una confirmación tranquilizadora. Desde el cénit de la obsesión, me iluminó un adagio de cordura: sólo debía importarme que fueras la semilla de una mujer admirable.

Lo cierto es que esas cuarenta semanas largas acabaron pasando rápido. La ruptura del paréntesis fue apoteósica, traicionera. Tu anunciación fue una escueta cuenta atrás. De pronto un día tenía los muslos embadurnados de líquido amniótico, al instante siguiente estaba doblada de dolor por una contracción salvaje y, no mucho después, aullaba para dividirme en dos mitades asimétricas. Luego me dijeron que llevaba nueve horas pugnando por sacarte de mí, un oasis de tiempo que me pareció poblado por docenas de minutos, a lo sumo, un planeta tan torturado por la gravedad que obligaba a los relojes a fatigar otro ritmo mucho más viscoso. En esa

dimensión, donde sólo existimos tú y yo, fundamos una nación dual que nadie conseguiría invadir ni someter.

Interpreté tu resistencia a salir como un reclamo de autonomía. No querías que un espasmo de mi útero te catapultase al mundo seco, necesitabas abrirte paso por ti misma, ensanchar el camino hacia esa luz inaudita, probar que nacías con la fuerza de un río salvaje. Cuando nos adherimos, tu piel reluciente y suave, una membrana de nácar, contra la mía, un lienzo martilleado por la vida, conjugamos mucho más que dos temperaturas: el amor de una mujer que desvela al fin la escultura invisible que venía esculpiendo con el de una niña que descubre que su creadora no está hecha de oscuridad sino de luz. Por eso no le tuve miedo al segado del cordón, la primera separación, la desconexión irreversible. Supe, en esos últimos segundos de magnetismo, que nuestro vínculo no entendía de dimensiones ni de cuerdas,



que ese nuevo amor no podría transmitirse por un canal tan estrecho y necesitaría de la eslora de todo un universo para prodigarse. Tu llanto, un orfeón de sílabas recién acuñadas, rellenó ese vacío en que nos conocimos.

Como les decía a todos, no he dado a luz, sino a sombra. Una perspectiva inversa a la tuya. Tú, mi hija, eras eso, un negativo que me iba a eclipsar, algún día a sustituir. No había parido un cuerpo, sino ampliado el mío, una mitosis a gran escala, un descarado ejercicio de infinitud. Me había revelado como multiplicadora. La concepción era otra forma de seguir creciendo, de existir en otros formatos. Sí, yo era yo, pero también todas las madres que me habían precedido en la línea genealógica, un producto más en la cadena de estallidos hereditarios, y mi hija sería ella y yo, y yo sería al tiempo todas las sucesoras por llegar. Ese cuerpo, mi nuevo cuerpo fuera del primero, réplica exacta a escala atómi-

ca y prodigioso relevo, iba a crecer sin parar durante muchos años, probablemente me arrebatara la estatura en algún punto de ese camino que yo recorrería a la inversa, con ánimo menguante, aunque en realidad iba a hacerme más alta que nunca por adición.

Había sido sede de pequeños terremotos, y al final, por una grieta preexistente, había arrojado al mundo una versión mejorada de mí misma. En conclusión, la tectónica de cuerpos era eso: actualizarse en un modelo más fuerte, más bello, más inteligente y más longevo. Somos fruto de una sacudida constante, pensé. Persistir, seducir a la posteridad, burlar la decadencia de la carne. El hechizo genésico todo podía doblegarlo.

Te llamé con mi mismo nombre, por supuesto. Tu aparición me hizo progresar de muchas formas: como persona, como mujer, como adulta, como engranaje del

universo. De lo que fuera, era más. Esa virtud de deidad omnipotente y audaz se resumía brillantemente en la confección de la placenta: había engendrado un órgano caduco, imprescindible en su vida útil, una filigrana biológica que podía permitirme desechar. Recuerdo su alumbramiento como una asombrosa pirueta sobre el hielo tras haber acabado la música.

El camino acaba de empezar: enfilamos juntas una cadena de abismos, atlas, aristas, atmósferas. No te veo crecer, pero sí te oigo, te siento, te huelo. Tu despegue es un mineral precioso estallando a cada instante. Lo que aparenta ser una travesía homérica es en realidad un balanceo de generaciones y memorias, espíritus que se anudan y trazan una espiral que no deja de adquirir velocidad y ausencia. Contemplarte es como caminar hacia atrás para alejarse de un espejo en el que la propia figura va adquiriendo la inconcreción de un grito.

Reversión, pureza, sortilegio. Un  
agasajo a la consciencia.

La maternidad es el conjuro para  
aprender a sonreírle a la muerte.

